

Frida Miaurcedes Ronrona

Uno. Todo, absolutamente todo cambió cuando se me aflojó el diente del frente mientras me cepillaba las muelas haciendo muecas perezosas frente al espejo. Ahí lo supe: la vejez venía de frente a toda velocidad, como si de un remate de Maradona —dirigiéndose a mi cara— se tratase.

Dos. Después, la vida fue un vórtice de dolencias ínfimas pero significativas: que me duele el carcañal cuando camino una cuadra, que el hombro derecho me molestaba cuando escribía las notas de clase en la parte alta del tablero, que la gradación de las gafas ya no me daba para leer de cerca, pero leer de lejos era toda una experiencia psicodélica; que a la noche el latido del corazón me susurraba en el oído izquierdo y que a las cuatro y treinta de la mañana me despertaba con la energía exaltada que me faltaría a las once, antes del recreo, mientras les daba a los chinitos de tercero la clase de fraccionarios.

Tres. La última vez que me quedé dormida en el salón, los niños decidieron quedarse en un profundo silencio con un objetivo en mente: en vez de hacer sus fraccionarios, como lo había dispuesto con tizas de colores en el tablero, hicieron figuras de origami de mil formas para apilarlas sobre mi cabeza mientras les roncaba durante toda la clase. La torre se derrumbó cuando la campana de salida me despertó de un sobresalto, y las risas de mis estudiantes me rodearon

como me rodearon los barquitos, las flores y los colibríes de papel, que cayeron a mi alrededor.

Cuatro. Mientras Frida Miaurcedes Ronrona —una gatita calicó que había llegado a mi casa hacía tantos años que ya no recordaba— me observaba desde la encimera del baño, yo me miraba al espejo embobada y triste los surcos cada vez más profundos alrededor de los ojos, haciéndome masajes en las mejillas como si pudiera volverlas a poner arriba, donde debían ir. Me miraba el diente que se iba aflojando más causándome un terror del que no lograba escapar.

Cinco. Cuando pasaba por el centro para ir a pagar algún servicio o hacer compras, me congelaba frente a la vitrina de la *boutique* de belleza haciendo cuentas de los días que faltaban para poder pagar las cremas milagrosas que prometían borrarle las arrugas. Pero al llegar el pago, algo sucedía: así como a mí se me había aflojado el cuerpo, a la mesa se le había dañado una pata, al lavaplatos le goteaba un tubo, a la lámpara se le había dañado el interruptor o a Frida Miaurcedes Ronrona le había dado, de nuevo, un resfriado.

Seis. Poco a poco me fui restringiendo cosas que me daban profundos placeres, pero que favorecían mis arrugas y mis temores. Dejé de fumarle el cigarrillo antes de dormir; dejé de tomarme el café de las siete de la noche porque me causaba insomnio y, por eso, me levantaba en la mañana con los ojos abultados, y dejé de ponerle azúcar a la papaya del desayuno, porque en algún lado oí que eso me subía de kilos.

Siete. La jornada empecé a ejecutarla con una minuciosidad militar que era extraña a mi carácter despreocupado. Me despertaba a las cuatro y media de la mañana, me alistaba, tomaba mis pastillas del colesterol y la tiroides antes de salir, y salía a las cinco de la mañana

rumbo a la escuela, donde entraba a las siete de la mañana, pero me iba caminando para quemar calorías según lo que decía la revista de mujeres que había encontrado en el banco la semana anterior.

Ocho. En los recreos dejé de recibir los dulcecitos que con cariño me brindaban los chicos y empecé a regañar a las niñas que se quedaban sentadas echando chisme y comiendo, en vez de mover sus cuerpos. Confieso que verlas ahí sentadas sin que les doliera el carcañal al caminar me daba una profunda rabia que no podía comprender. A la salida, retomaba de nuevo mi camino a casa caminando, y refunfuñaba por el dolor que sentía en el pie. Al llegar, corría a tomarme tres vasos de agua, porque eso le había escuchado a un doctor en la radio hacía tres días, y después tibiaba el agua porque se lo escuché a una nutricionista en televisión la semana que le siguió.

Nueve. A eso de las cuatro de la tarde me daba el tiempo para sentarme en el sofá perezosamente, dejándome acariciar por la luz dorada del sol, permitiéndome amodorrarme por su calor mientras por entre la rendija que dejaba de la puerta del balcón se me cernía una brisita fresca que me acariciaba la siestecita reparadora. Apenas cerraba los ojos, Frida Miaurcedes Ronrona se me acostaba en el vientre a hacerme masitas y ronronear para compartir el sueño conmigo.

Diez. A las cinco de la tarde me levantaba afanada por ir al baño y volvía y me tomaba otros tres vasos de agua tibia, y, aprovechando que el sol había bajado, me iba caminando hasta el centro para ir ya no a la panadería por el roscón de arequipe que tanto me gustaba, sino a la frutería por una guanábana o una sandía que me ayudara a bajar de peso, pasando sin falta por la *boutique* frente a la cual me quedaba haciendo cuentas de cuántos días faltaban para que en el siguiente pago pudiera comprar esa crema milagrosa, si algo más no se dañaba en casa.

Once. Cuando regresaba, alistaba la ropa del día siguiente en vez de fumarme el café de la noche, y me embutía frutas con agua en vez del roscón, y para perder peso hacía ejercicios de gimnasia antes de dormir, guiada por un libro para perder peso que había encontrado en la biblioteca y al cual había sacado copias. Frida Miaurcedes Ronrona me miraba desde lo alto de su palacio de gato y bostezaba perezosamente hasta que yo decidía dejar de hacer mis ridículas posturas en la mitad de la salita.

Doce. No sé cuánto tiempo mantuve la misma rutina, pero empecé a notar cambios con los que me sentía entusiasmada: dejé de verme tan arrugada en las mañanas, empecé a levantarme con los ojos menos abultados, empezó a bajar el dolor del carcañal y del hombro y el susurro del corazón en el oído dejó de trasnocharme. Entonces, decidí ir más allá y bajarle a la fruta porque leí en otro libro que era pura azúcar; así mismo, no volví a tocar la remolacha porque engordaba, subí a nueve los vasos de agua, empecé a trotar camino al colegio y de repente un día entré a la *boutique* y compré la crema milagrosa con la que me embadurnaba la cara, el cuello, el pecho y, después, casi todo el cuerpo.

Trece. Sentía que estaba recuperando la juventud y atrapándola entre las manos. Mis compañeras del colegio me elogiaban y me convertí en su consejera de belleza. Pronto decidí que en los recreos haríamos ejercicios con las otras profesoras, venciendo el juicio de los estudiantes y convenciendo a las niñas de unirse a la actividad. Con los días, las madres empezaron a notar los cambios y preguntarnos por el secreto; al mes Amandita, la profe de español, se hizo novia del papá de Bartolomé, el señor Batista, que era viudo. Un mes después se armó problema porque Claudia, la profe de biología,

se enredó en amoríos con el papá de Susanita, de cuarto, y la mamá fue hasta el colegio y armó el boroló.

Catorce. Unos días después me hice un corte de cabello moderno con el que me sentí renovada y más animada, y a los pocos días me atreví a comprar una camisa ceñida que vi en una revista de venta por catálogo de mi vecina. Al mes, me enamoré de una chaqueta de corte atrevido que resaltaba mis caderas, y la compré. Me sentía de veinte de nuevo, y, animada por Amanda y el señor Batista, salí por unas copas el viernes de San Patricio.

Quince. Esa noche, el señor Batista me presentó a Fausto Viaconte, un comerciante sin hijos que se había divorciado hacía quince años. En medio de los tragos y la charla sobre sus viajes por el mundo, el arte y los negocios, me enrolé en una fugaz aventura de una noche, que me mantuvo despierta hasta la madrugada, entre bailes, licores de colores y coqueteos.

Dieciséis. Como todo un caballero, Fausto me llevó hasta la entrada de mi casa y prometió pasar por mí en la tarde para llevarme a un lugar espléndido para almorzar. El reloj de la mesita de noche marcaba las tres y treinta de la mañana cuando me desplomé sobre la cama y quedé dormida, extasiada y feliz.

Diecisiete. Cerca de las once de la mañana me desperté con algo de resaca. No me había dado cuenta de que, en medio de la ebriedad de mi llegada, le había cerrado la puerta de la habitación a Frida Miaurcedes Ronrona, quien no había podido pasar la noche a los pies de mi cama como acostumbraba. Me levanté con una resaca culpable pero satisfactoria y puse sobre el fogón la cafetera; mientras empezaba a burbujear, me fijé por la terraza si veía a mi gatita

tomando el sol sobre alguna teja vecina. Cuando estuvo el café, me senté a elegir el atuendo para asistir al almuerzo con Fausto, decidiéndome por un vestido de corte en A con un estampado de lirios amarillos y beis. Fausto, cuyo nombre me algonaba los pensamientos y me hacía sentir que flotaba entre pétalos de rosa y brizna de oro de agosto, tocó a mi puerta a las cuatro de la tarde, y yo salí a su encuentro ligera de felicidad.

Dieciocho. Fausto aparcó su auto, y, dándole la vuelta, abrió la puerta y me extendió la mano para que descendiera, llevándome de su brazo, como si fuera una pasarela hacia el interior de La Belle Époque, donde tenía la mesa más bella, al lado del ventanal, reservada para nosotros. No cabe duda de que Fausto quería impresionarme pues, de entrada, pidió los “Moules au vin blanc et truffes”, mejillones humeantes servidos en una enorme fuente, bañados de una salsa apetitosa y adornados con ramitas de perejil fresco y estragón, que expelían un aroma que alborotó inmediatamente mi apetito. Fausto, en un gesto romántico, tomó una de las conchas y me acercó un bocado que, al recibirlo, se llevó de un golpe mi diente: mi diente frontal. La sangre empezó a salir a borbotones, manchando mi vestido frente a Fausto, quien me miraba con sus enormes ojos grises espantados, mientras la gente en la ventana se impresionaba por la escena. Rápidamente me levanté de la mesa y salí corriendo de La Belle Époque con todas mis fuerzas, dejando atrás los tacos de los zapatos sobre el pavimento, dejando los autos con sus bocinas pitando en las esquinas, dejando que mis lágrimas barriaran con el rímel y la vergüenza que me consumía, sin detenerme y sin parar hasta que llegué a mi casa y cerré detrás de mí la puerta, jurando que nunca más volvería a salir. Me metí al baño y enjuagué mi boca. Mientras lloraba con angustia por mi pérdida, me miré al

espejo deforme, mutilada, vieja de verdad. Luego de dos horas, tal vez, pude controlarme y ver a través del reflejo algo que colgaba del palacio de gato de Frida Miaurcedes Ronrona: su colita de manchas amarillas y negras, inmóvil, que asomaba, caída desde la puerta.

Diecinueve. Diecinueve años tenía Frida Miaurcedes Ronrona de haber llegado a mi vida, y no había podido escapar de la vejez y la muerte, ni con cremas, ni ejercicios, ni vestidos elegantes que, tal cual como mi diente y mis arrugas y mi edad, solo contaban que un día a Frida Miaurcedes Ronrona en su palacio de gatos y a mí, en mi baño, la vida se nos fue.

Beatriz Irene Romero Cuéllar